

LA HUELLA DESANDADA de Helí Colombani

José Pérez

Ha muerto Helí Colombani. La voz recia y el hombre vital se han ido. Una ausencia inadmisible aún en los humanos límites de la vida. ¿Quiénes en realidad conocieron al poeta, al pensador al amigo, al trabajador y en muchos casos al artesano Helí Colombani? Con la excepción de tres o cuatro críticos literarios, nadie se ocupó nunca de redimensionar la vasta y diversa obra del hijo de Irapa, el dios de la ira, no obstante haber publicado dieciocho títulos. Le debemos a Rubén Monasterios, en su prólogo al libro *Poemas de alcoba* (1990), el único intento serio para abordar el estudio de la poesía de Colombani. Se le conoce en Antologías y, generalmente, su poesía se asocia al recital o lo bucólico. Sin desmentir que eso sea correcto su obra tiene otros parámetros. El hecho mismo de intentar todos los géneros literarios, con excepción de la novela, es suficiente para imaginarnos una producción de variantes abiertas: Poesía, cuento, relato, ensayo, teatro, prosa, literatura infantil, literatura erótica, literatura testimonial, literatura ecológica, literatura didáctica, literatura oral; pero, fundamen-

talmente y por sobre los elementos existencialistas presentes en algunos textos de Helí Colombani, su poesía hace un homenaje siempre al campo y a la tierra; una literatura rural y comarcana que muchos de los hacedores de la llamada "literatura urbana" no admitieron ni admitirán nunca. De hecho, a Helí no se le consigue en ningún grupo o movimiento literario capitalino, aunque mantuvo sí el afecto permanente con muchos escritores contemporáneos.

Sin embargo, más que ocuparnos de juicios o especulaciones sobre su obra, importa ahora la memoria del hombre, el vuelo de sus sueños, el dolor que ha dejado su partida. De sus fundaciones habrá de hablarse como de sus textos. De sus anécdotas y sus cartas, pero no tendremos nunca con qué agradecerle, aún haciendo homenajes a su nombre, el estímulo y la orientación que nos brindó a muchos jóvenes en el sur del estado Anzóategui, para que nos enfiláramos decididamente en las letras. Siempre fue un hombre optimista y creyente en las nuevas promociones y no tuvo ese orgullo y ese personalismo estúpido y egoísta que ostentan algunos teóricos y creadores literarios de la provincia. Helí nos instaba a publicar y a trabajar. Nos exhortaba a equivocarnos en la escritura pero nos enseñaba a ser autocríticos. Nos decía que nunca dejáramos de escribir y que no nos frustráramos por no ver editado el trabajo; que había que ir más allá, llegar al hábito, a la piel y el sentimiento con la palabra. Que la literatura más que tener su razón de ser en la proyección pública debe ayudarnos a ser como personas y a conocernos profundamente para dar con nuestra identidad. Un hombre, pues, que conocía y revelaba el ideario de Simón Rodríguez, y que nos incitaba a equivocarnos antes que a ser pasivos y sumisos, y el hombre que brindaba siempre el abrazo antes que los golpes bajos. En El Tigre nos habló de Andrés Eloy Blanco y Miguel Otero Silva, de Gallegos y Neruda. Nos habló de ellos como seres

Aferran lo remoto en el pasado y en toda forma sentir como si fuese una orilla de viento solamente. Segmentado el quebranto y el aliento la espesura del ser juega acrobacias.

Siempre ajeno

Extraño desde mi

ajeno siempre

Helí Colombani conocía la poesía y los movimientos literarios de su época y aunque no dejó entrever sojuzamientos sobre éstos, es obvio que los evitó y que trató de hallarse como creador y como persona en su contacto con la naturaleza. Amaba las lluvias y las polvaredas, el habla y las vivencias campesinas, y ese afecto hacia la tierra le guió en la vida y en sus luchas. Se preocupó en enseñar a leer a los peones de hatos antes que confrontar a los grandes autores clásicos (fundamentalmente de la literatura clásica española, la cual conocía profundamente) con valores "menos trascendentes" como se suele entender al resago de la cultura latinoamericana. La crítica certera tendrá que entablar la relación, más antropológica que sociológica, entre la actitud de vida del poeta Helí y muchos planteamientos estéticos subyacentes en su obra. ¿Por qué perseguía Colombani la identificación un poco costumbrista o nativista con el campo y la soledad, con el campesino y el hombre humilde? ¿Por qué la niñez pasa últimamente a formar parte de sus obras? Es indudable que su sólida formación intelectual y sus grandes habilidades como lector analítico y selectivo le permitieron asumir esa actitud frente al acto creativo. Un perfil del hombre y del humanista puede contribuir, aunque inevitablemente de manera afectiva, al acercamiento con el rico legado literario que nos dejara, con olor a monte chamuscado y estampas de garzas sabaneras, el célebre autor de la popular columna de opinión *Diario de un viajante*, en el *Diario Antorcha*, de El Tigre. El eterno viajante, cuya huella desandada nos convoca ahora para siempre.